

# Pueblo literario

## LOS ENCUENTROS DE SOFIA: REALIDAD Y SUEÑO

He intentado, en mis notas anteriores, señalar el impacto que en mi corazón han marcado las nobles palabras escuchadas en Sofía con ocasión del Congreso de Intelectuales, convocado por la Unión de Escritores Búlgaros, cuyo presidente, Pantelei Zareu, quiso explicarnos la correlación entre los menesteres del intelectual y el panorama de una convivencia pacífica.

Pero oyendo estas nobles palabras me asaltaba el espectro de unas dudas. ¿Puede establecerse, sin más, la equivalencia entre el intelectual y el entusiasmo pacífico? ¿Y cuándo son las fuerzas negativas —el nacionalismo, el imperialismo, el fascismo— las que utilizan los servicios del escritor para la «propaganda» de sus postulados? ¿Y cuándo de las entrañas mismas de una poesía lírica surge la incitación hacia la protesta, es decir, hacia la violencia? ¿Y cuándo el intelectual pone su talento al servicio de la invención de máquinas destructoras?

El famoso escritor búlgaro que nos habla tiene las ideas claras. Pero no pudo dejar de hacer referencia a estas interrogaciones cuando pedía a los sabios y a los científicos que se secundan las iniciativas de los poderosos, de los vendedores de ar-

mas, de los investigadores atómicos cuando les piden mayores mecanismos de destrucción.

No le demos vueltas. El poderío del intelectual tiene una vertiente positiva y una vertiente negativa. Si en su discurso aludió a la política del escritor Romain Rolland y su predicación de la unidad moral de Europa —desgarrada por la primera guerra grande—, podía haber añadido la palabra pura de su amigo Eugenio d'Ors, cuando aseguraba por las mismas fechas que toda lucha entre los pueblos europeos es una guerra civil.

La inteligencia está en el principio. Toda política se apoya en un pensamiento. Pero no es menos cierto que los factores ejecutivos de los procesos ideológicos, es decir, los «políticos», son los primeros en ignorar o menospreciar la tarea inicial y necesaria del ideólogo. Basta con observar, en estos días, la escásima proporción de intelectuales integrados en las listas electorales para el Congreso y para el Senado. No se trata, ciertamente, de un olvido, sino de la actitud de desconfianza con que el hombre de acción —presuntuoso de «efectividad»— contempla al teorizante, factor necesario para las puestas en marcha de cualquier política.

## LA VENTANA DE PAPEL

Escribe Guillermo Díaz-Plaja  
de la Real Academia de la Lengua



Así, contemplando las intervenciones de los escritores en el Congreso de Sofía, he meditado, con una sombra de escepticismo, ante las nobles palabras de los escritores que se sienten llamados al diálogo intelectual. He dicho muchas veces que hay dos palabras especialmente antitéticas: la palabra «espíritu» y la palabra «frontera». En nuestras conversaciones búlgaras hemos sentido una y otra vez una proximidad de corazones, una hermandad de espíritus que se entendían maravillosamente.

Pero quedan los «otros», los «ejecutivos», los políticos, los fabricantes de armas, los oscuramente ambiciosos, los egoístas. Y bajo el haz luminoso de las palabras de los poetas, nosotros, sentimos que hay la marcha subterránea y terrible, la que pone en marcha los artilugios de la destrucción y de la muerte. La que puede poner, de pronto, todo lo que se ha dicho en el Congreso de Sofía, en el exacto terreno en que se ha movido. En el terreno del sueño.

### LIBROS Y POLITICA

La Feria del Libro de Barcelona no ha sido un éxito. Escenario espléndido —el remozado paseo de Gracia—, tiempo primaveral, suntuosa exhibición de novedades bibliográficas. Nada faltaba para poder vaticinar un resultado feliz.

Pero las gentes andaban en otros mundos, en otras urgencias. El demonio de la política andaba suelto, y nada tiene de extraño que su fuerza de tentación prevaleciera. Al fin y al cabo se acaba de salir de una larga cuaresma, en la que se cerraba el camino en la opción de la libertad. ¿Expresaré, a este propósito, mi alarma-

da sospecha de que la irrupción del hecho político —fruto de la actualidad— puede perjudicar la atención hacia las fórmulas culturales —flor de la permanencia—?

La tarea de las casas editoriales acusa esta perplejidad y han dado vuelta a la rueda de sus timones orientando su producción bibliográfica hacia los temas políticos. Lo que es también natural y lógico.

Pero dejadme expresar mi esperanza en un retorno a los valores permanentes, a los autores no contaminados, a los hechos estéticos. A lo que —como diría Quevedo— «permanece y dura».

## LA POLITICA EN LOS LIBROS

Escribe: M. ADOLFO PUJALTE



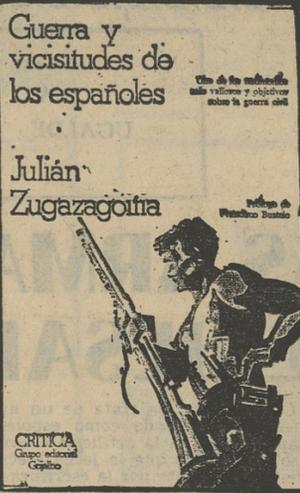
### JULIAN ZUGAZAGOITIA Y LA GUERRA CIVIL

Tras treinta y siete años de estar clausurado, por fin se ha editado en nuestros lares «Guerra y vicisitudes de los españoles» (Grupo editorial Grijalbo), de Julián Zugazagoitia. La primera edición, bajo el nombre de «Historia de la guerra de España», apareció en la Argentina en 1940 y fue reeditada en París en 1968 con el título de la reciente edición española. Este libro constituye una impagable recuperación en la cada vez más creciente bibliografía que sobre el tema de nuestra última contienda civil puede disponer el lector español ávido de recuperar una memoria colectiva mixtificada durante varias décadas de dictadura. A la injusticia de su muerte física, decidida por el vencedor, se unía la injusticia de su muerte en nuestro país como autor, a cuyo mejor legado, el libro que comentamos, difícilmente podíamos tener acceso. Ahora, desde la honesta atalaya de Zugazagoitia, increíblemente extenta de partidismo, proclive a la deformación interesada de los hechos, podemos «mirar hacia atrás sin ira», conociendo los datos y vicisitudes de una conflagración fratricida vivida y observada por un protagonista a la vez que testigo de primera fila, en su calidad de periodista —fue director de «El Socialista», órgano del P. S. O. E., y de político—, como ministro que fue de Negrín.

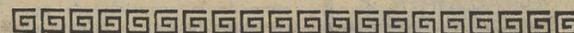
Julián Zugazagoitia corrió pareja desventura que otros colegas de la Prensa del campo republicano, algunos de los cuales cita en su libro, al ser ejecutado por los vencedores, tras haber sido entregado, en 1940 a las autoridades franquistas por la Gestapo, que le hizo prisionero en Francia, donde se hallaba refugiado desde el fin de la

guerra. Antes de él lo habían sido sus colegas Javier Bueno, Salado, Hermosilla y otros más. «Fuerte fue nuestra contribución y cara ha sido la cuota», dice Zugazagoitia en un hermoso párrafo de evocación y homenaje a estos compañeros caídos, tal vez lo dijese con una oscura premonición de su propia muerte.

Julio Alvarez del Vayo, otro hombre del socialismo español, que dejó también amplia estela, en su doble condición de periodista y político, dice en su libro de memoria «En la lucha», que Julián Zugazagoitia es el autor de la mejor biografía sobre Pablo Iglesias. Este comentarista ha leído el libro y corrobora el juicio valorativo como confirma la difícil ecuanimidad, tan ardua sobre todo cuando se es el vencido, para enjuiciar los hechos de un momento histórico que aún sigue configurándonos. Si hay páginas emotivas, de cálido elogio a la heroica resistencia de Madrid, también pone de relieve, con ejemplo generosidad y nobleza, el gesto numantino de la resistencia del Alcázar o cuando se refiere al testamento de José Antonio Primo de Rivera, del que afirma que es «un documento sabio y sereno, que no carece de sincera emoción». ¡Qué hombría de bien revelan estos gestos! Otro episodio que pone de manifiesto este noble talento es el dedicado a describir la ejecución de Ruiz de Alda, de quien pondera su entereza ante la muerte. Figuras controvertidas como Manuel Azaña o el general Miaja son reivindicadas por este cronista dotado de una excepcional fibra humana: el fervido españolismo del primero y la entrañable catadura moral y bo-nochona del segundo son reiteradamente jaleadas en el libro.



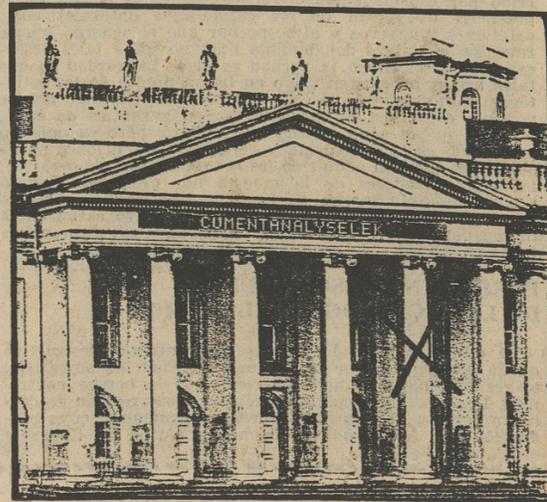
La narración de los acontecimientos está arropada por una serie de disgresiones ético-políticas. El autor se preocupa por los hechos y su trastienda extrayendo conclusiones muy atinadas. Una autocrítica sincera presidió muchas de sus páginas, exponiendo con rigor defectos organizativos y ciertos excesos represivos por parte del bando republicano en gran medida injustificados. Estos son, entre otros, los elementos que hacen que esta obra, escrita nada más finalizada la guerra, en su corto exilio francés, y precisamente en función de su escasa perspectiva cronológica, un valiosísimo documento testimonial en el que se deja constancia no sólo de unos hechos, que posiblemente un historiador profesional analizaría con más rigor, sino, y esto es lo más importante, de una manera de ver las cosas, animada por una concepción del mundo, que hoy resurge con brío en nuestro país: el socialismo, entendido como fraternidad y justicia. Zugazagoitia en este sentido es ya un clásico y un paradigma.



## documenta 6 Kassel

La Sexta Documenta de Kassel se inauguró oficialmente el pasado viernes. Se trata, sin ningún género de dudas, de la muestra de arte más importante de las que se celebran en el mundo, junto con la Bienal de Venecia, la de Sao Paulo, la de Alejandria, la Trienal de Nueva Delhi y algunas ferias de arte, tales como la de Basilea. La Documenta-6 estuvo presidida por lo que parece ya inevitable en este tipo de acontecimientos, la investigación y las propuestas acerca de las posibilidades plásticas y artísticas de los video-tapes, la fotografía y la gráfica. Tuvieron lugar destacado, asimismo, las experiencias de los movimientos contemporáneos, tales como el fluxus, el support-surface, destructive-art, etc.

Santos Amestoy se destacó a la ciudad alemana de Kassel para asistir a la inauguración de la magna muestra, que durará hasta octubre. En las páginas interiores de este suplemento, junto con una amplia información gráfica, ofrecemos la impresión de nuestro enviado especial como preludio a una serie en la que describirá y valorará el acontecimiento. (Las ilustraciones muestran la fachada del museo Federiciano, sede principal de la muestra, puntuada con el aspa, obra del artista Rainer Ruthenbeck, y el logotipo de la exposición.)



TERESA SAN ROMAN Y MARIA HELENA

SANCHEZ: BIBLIOGRAFIA GITANA

La bibliografía española sobre los gitanos se ha enriquecido con dos libros de reciente aparición en los catálogos de Akal y Editora Nacional. Se da la particularidad de que sus respectivos autores son mujeres, preocupadas ambas por el tema gitano desde ángulos distintos. Teresa San Román Espinosa es la autora de «Vecinos gitanos»; María Helena Sánchez Ortega, de «Documentación selecta sobre la situación de los gitanos españoles en el siglo XVIII».

El primero de estos libros es un enjundioso estudio antropológico del que ya Teresa San Román había anticipado en el Simposio de Puertomarín de 1974 algunos datos, que ahora reciben forma como capítulo dentro del contexto general de «Vecinos gitanos». Las comunicaciones de la reunión de Puertomarín fueron editadas también por Akal, hace dos años, bajo el cuidado del profesor Lisón Tolosana; una de esas comunicaciones, en un buen nombre gitano, se debía a Teresa San Román. Integrada en el Equipo Giens, la misma investigadora participó en la re-

dacción del informe «Gitanos al encuentro de la ciudad». («Cuadernos para el Diálogo», año 1976), del que ya tuvimos ocasión de hablar en PUEBLO.

Por lo que se refiere a Helena Sánchez, su libro aparece como volumen 14 de la Biblioteca de Visionarios, Marginados y Heterodoxos, que sigue sacando adelante Editora Nacional. La autora ha seleccionado una variada documentación sobre los gitanos en el XVIII, recogida durante una paciente labor de búsqueda llevada a cabo en varios archivos, especialmen-

dores, tan frecuentemente obligados a la referencia de segunda mano, no directamente comprobada. Claro está, además, que esta documentación «vuelca» su perspectiva del lado de las autoridades encargadas de solucionar el llamado «problema gitano» y de las «víctimas» de los gitanos, y así lo señala la propia Helena Sánchez.

De anotar alguna «omisión» podríamos referirnos a la escasa aportación documental sobre hechos tan importantes en la historia de nuestra gitanería como fue la «prisión general» de 1749. Claro es que el fiasco en que desembocó hizo que las autoridades inmediatamente posteriores pasaran como de puntillas sobre las órdenes y contraórdenes de Fernando VI. Por otra parte, en la historia del siglo XVIII tienen importancia las relaciones Iglesia-Estado, cuyo conflicto propicia en cierta forma determinadas



celonés de San Lucio, al que la autora ha dedicado varios años. Aparte de un primer capítulo histórico sobre los orígenes del grupo gitano en España y su situación actual (procurando «fijar» unas estadísticas, de fijación bien difícil, dadas las características de los sujetos del estudio), el libro dedica capítulos especiales a las relaciones familiares (matrimonio, parentescos, posición de la mujer en la comunidad gitana), a las relaciones con los poderes públicos (los gitanos, ante la ley «paya»; el «código gitano» la «quimera»), a creencias y símbolos de este viejo pueblo.

Se completa el libro con una bibliografía de variado valor para un libro del que lo importante ha sido la búsqueda directa del dato con una previa eliminación de opiniones preestablecidas. Si acaso hubo alguna, fue la plausible de mantener el estudio apartado de esa folklorización que con tanta frecuencia ha impedido el tratamiento del tema con carácter rigurosamente científico por parte de los autores españoles, tantas veces preocupados por sus gitanos. Buena prueba de esta preocupación puede verse en la nutrida bibliografía española que aparece entre los 4.500 títulos mundiales recopilados ya en 1914 por George F. Black para la Gipsy Lore Society.

G. A.

## CON EL AJO HASTA EL FIN DEL MUNDO

A joblancos continúa en su acertada línea de suministrar fragmentos marginales, desperdicios aprovechables y materiales dispersos de la cultura con el fin de que cada cual elabore los sueños a su manera. Los «ajos» han traído bajado duro durante el mes de junio, con el fin de preparar el número mensual ordinario y un «extra» encaminado a dar pábulo a las ansias viajeras que, para estas fechas, suelen contagiarse merced a los virus de la aventura, las brisas de lo remoto y el hartazgo de los monótonos días laborables.

El número ordinario de junio, de magnífica portada, presenta un «dossier sexualidad» en el que se ha dado cabida a la amplísima lista de temas que muchos españoles jóvenes hemos vivido como tabú obsesivo y Meca reveladora de lo incógnito: educación sexual, masturbación, virginidad, enfermedades venéreas, anticonceptivos, aborto, homosexualidad, lesbianismo, análisis de la pareja, la familia y otros grupos sexuales menos tradicionales... El tono escogido —narración directa de experiencias e historias personales, denuncias de la miseria y manipulación sexual, diálogos imaginarios o veraces de carácter jocoso— tiene la virtud de no pontificar ni hacer ciencia con el sexo. Falta, quizá, algo más de profundidad, pero los del «Ajo» han considerado que el territorio del sexo es personal e intransferible, que cada cual sabe lo que le impide ponerse hecho un basilisco erótico y que «el policía lo llevamos dentro». Subjetivos han preferido

repartir sus semillas por los vericuetos todos del sexo que nos equipara, a hundirse en el monocultivo teórico.

Del «extra» dedicado a los viajes y su halo hay que hablar un poco peor. Por 75 «pelas» esperábamos más. Ciertamente la dificultad del material informativo es obvia, pero no sirve ampararse en las prisas: la información de viajes no puede ser tarea de última hora, sino que exige una atención continua y una documentación detallada. El «extra» del «Ajo» exhala un ligero tufillo a mandado y es pobrísimo en cuanto a documentación de lugares de interés cultural, artístico, histórico o de otros tipos. Lo mejor del número, la abundancia de informaciones prácticas (direcciones para comer, dormir, trabajar; datos de transportes y viajes organizados, etc.). Los apartados de África y Asia no están mal, y los de las capitales europeas también son sugestivos; pero, en ambos casos, brillan por su ausencia las novedades, la relación de lugares secretos o de alto interés por una u otra cuestión. Informes sobre campos de trabajo, comunidades, vehículos-vivienda, ruta española del vino y datos dispersos sobre viajes organizados, transportes, descuentos, etcétera, completan el ejemplar.

Señalaré, por último, que el grupo «Tora», filial de «Ajoblancos», que sacó hace poco un número especial dedicado a alternativas tecnológicas «blandas», anuncia para octubre una nueva revista llamada «Alfalfa».

A. APALATEGUI

## Dos estudios antropológicos realizados en los archivos y en la realidad actual

te el Histórico Nacional y el General de Simancas. Por encima de la «parcialidad» que reconoce la propia autora en el prólogo, el libro servirá sin duda de referencia y punto de partida a futuras investigaciones históricas.

Porque, si bien es cierto que la documentación relativa a los gitanos en nuestro país es abundante, su fragmentación ha impedido hasta hoy su uso racional por los historia-

«soluciones» al problema gitano. Helena Sánchez ha eliminado de su selección la base documental que sin duda tiene sobre este asunto, sin explicar las razones de la eliminación.

En cuanto a «Vecinos gitanos», ya dijimos que se trata de un libro de investigación antropológica, realizada a partir de dos comunidades gitanas concretas: el madrileño barrio de La Charca y el bar-



## NOVEDADES DE LA CIENCIA Y DE LA TECNICA

# LENGUAJE DE LAS ARMAS Y DEMAGOGIA DEL DESARME

DOS recientes novedades en el terreno armamentista han venido a replantear los siempre candentes problemas del desarme y del papel de la ciencia en la sociedad moderna.

La primera de estas noticias se produjo el pasado mes de mayo: tras veintidós meses de deliberaciones se firmó, en Ginebra, un tratado que prohíbe actuar sobre el medio ambiente natural o sobre el clima con intenciones bélicas. Toda una fantástica panoplia del arsenal que ofrece la propia Naturaleza quedaba anulada: se prohibía provocar terremotos, huracanes, nieves y lluvias artificiales, volcanes, desviaciones de las corrientes marinas, inundaciones desencadenadas por el calentamiento de los hielos polares, variaciones artificiales de las mareas... Uno se veía recorrida por espeluznantes estremecimientos al pensar en la potencial utilización de los cataclismos naturales como artefactos guerreros y al sospechar que el acuerdo mismo revelaba el indicio del dominio humano sobre tales desencadenamientos. Pero la verdad es otra. La verdad es que tales armas no existen salvo en las meninges de los estrategas militares y que, ni siquiera las experiencias de dominio del clima atmosférico poseen garantías de éxito. Se dirá que el acuerdo aleja un peligro, pero su objetivo prioritario es la demagogia y refleja las intenciones manipuladoras que han adquirido las conversaciones de desarme: los administradores de la muerte nos prometen que no sucumbiremos a manos de las (inexistentes o ineficaces) armas de la Naturaleza; pero, en cambio, se aseguran la licitud del avance de las «estrategias atómicas disuasorias» (ellas, sí, capaces de conducirnos a la hecatombe).

### PERSISTENTE ASCENSION DE LA TECNOLOGIA DEL TERROR

La citada «legalidad» del desarrollo atómico-destructivo queda confirmada por la segunda novedad armamentista: el reciente hallazgo norteamericano de la bomba neutrónica. Los medios de comunicación de masas acaban de darnos a conocer este nuevo juguete exterminador, cuya producción sólo está pendiente de la aprobación del Congreso

y de la Casa Blanca. Se trata de un nuevo proyectil que tanto puede ser utilizado como espoleta nuclear de los misiles Lance, como en la artillería convencional.

Ya el solo hecho de que la jerga «técnica» del apocalipsis circule profusamente por la escritura cotidiana, recitada con la frialdad de quien habla de un aspecto cualquiera de la realidad, refleja la magnitud del desastre que nos asola. Veamos algunos ejemplos: los expertos hablan de la teoría

## Dos novedades en el terreno armamentista: la firma de un tratado de no utilización bélica de las fuerzas de la naturaleza y la puesta a punto de la bomba neutrónica por parte de Estados Unidos

del MAD («destrucción mutua asegurada»); de las conversaciones SALT se dice que reflejan «la concordia adversaria», algo así como que el nuevo equilibrio atómico de las superpotencias se basa en la vulnerabilidad de los misiles y los centros de mando y la vulnerabilidad de las poblaciones, consideradas como «rehenes recíprocos». Sin embargo, la «buena nueva» de la bomba neutrónica ha traspasado los límites de lo tolerable, a pesar de nuestra costumbre de vivir dulcemente acompañados por el miedo: parece como si, no contentos con amenazarnos con la aniquilación, quisieran, además, darnos la noticia con socarrona benevolencia. Y así, nos han dicho amablemente que «la bomba neutrónica provoca con sus radiaciones la muerte casi instantánea de las personas, pero al contrario que otros proyectiles convencionales o atómicos no produce destrozos materiales». A estas características de muerte higiénica y respetuosa para con el patrimonio urbano o artístico, añade que la bomba produce «una muerte más humana, pues-

to que lejos de matar por quemaduras o efectos de la explosión, ataca al sistema nervioso y, poco a poco, produce el fallecimiento de los seres humanos». Sin palabras.

Como Octavio Paz recuerda en «Los signos en rotación», la ciencia y la técnica no ofrecen respuestas a la pregunta occidental acerca del sentido de la historia humana (individual y colectiva); no hacen más que «producir futuro»

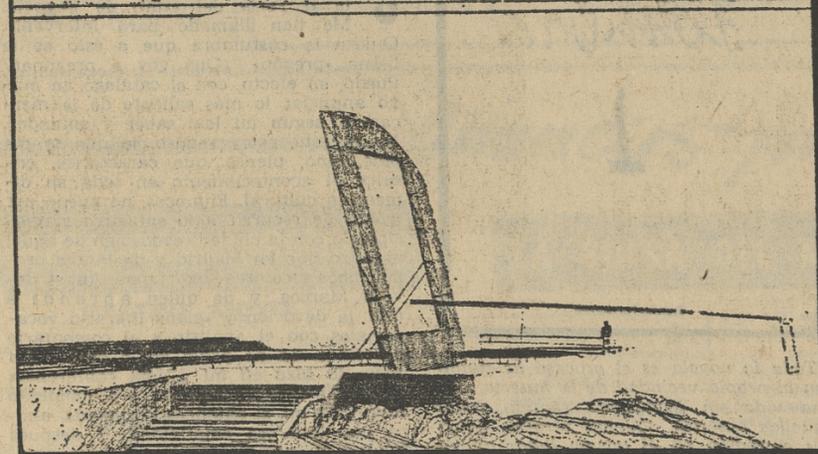
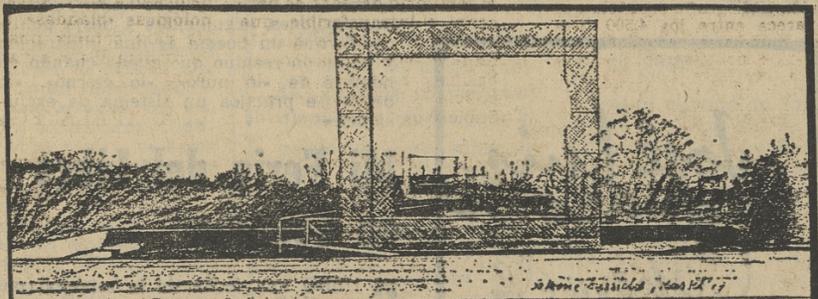
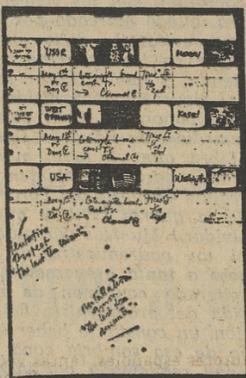


J. A. UGALDE





# UNA PRIMERA IMPRESION: LA VANGUARDIA HA MUERTO



**L**LEGO de Alemania casi al cierre de esta edición de PUEBLO LITERARIO, con el tiempo justo para transmitir apenas unas primeras impresiones y seleccionar algunas fotos más o menos ilustrativas del acontecimiento que desde el pasado viernes hasta el mes de octubre convertirá a la provinciana ciudad de Kassel en meca mundial del arte contemporáneo. Y antes de nada, una pregunta: ¿merece la pena que la Documenta sea el término de la masiva peregrinación que se prevé y que ya ha comenzado? La respuesta tiene que ser afirmativa. Pero con reservas.

La magna exposición es la sexta de las que celebra la ciudad de Kassel. Tuvo en otros tiempos la novedad de no estar constreñida a la imposición de premiar. Su famoso Comité de los Veinticinco garantizaba, como se ha dicho repetidas veces, la independencia y la ausencia de chauvinismo a la hora de la selección. El comité fue suprimido en la anterior edición, en 1972 (porque la Documenta tiene lugar cada cinco años y empezó a funcionar en 1955). En su lugar, un equipo de especialistas (capitanado por los señores Schneckenhurger, Szeemann, Ammann y Brok) trató de sistematizar — ¡qué subjetivo es esto de sistematizar! — el discurso de la Documenta con objeto, primordialmente, de ofrecer unos puntos de partida para la discusión posterior. Se llamaron: Realidad de la imagen y mundos paralelos, Realidad de lo representado, Identidad, no identidad de la imagen y la realidad representada. Ni que decir tiene que eran los tiempos del furor estructuralista, aunque tal metodología comenzaba ya a teñirse del color de su propio crepúsculo. Sea como fuere, lo cierto es que entonces abandonó los lastres museales que hasta entonces la habían caracterizado, y que el criterio historicista que la había presidido se disipó en beneficio de las tendencias que la estrategia de la originalidad — más o menos manipulada por el mercado del arte — pusieron en primer plano. Fue la Documenta del pop-art europeo, del minimal y de la consagración de un estilo empalagoso hasta la repugnancia, el hiperrealismo.

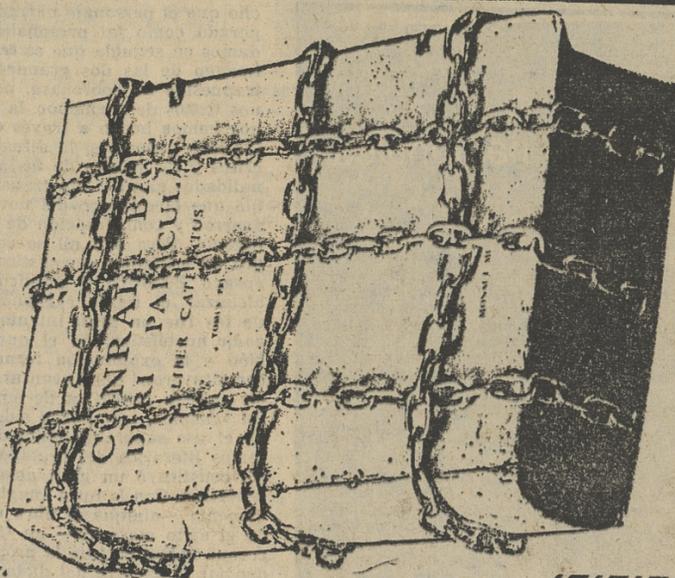
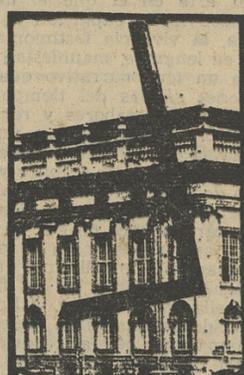
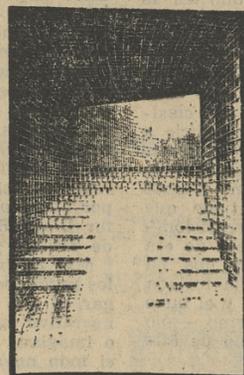
La de 1977, la Documenta-6 tiene tres esferas muy netamente diferenciadas. Contempla lo que los organizadores han llamado el diseño utópico a partir de las invenciones de los carroceros americanos e italianos, tales como Bertone y los de la Ford; insiste en el minimal-art, en el arte procesual, en el fluxus y otros derivados de la era de los happenings — la era de los exultantes sesentas —; recuerda el camino de la pintura desde los tiempos del último expresionismo alemán hasta la nueva pintura, pasando por Bacon, y los últimos De Kooning, Estella, Jaspers Jones, etc., para desembocar, cómo no, en el furor de la casa Sanyo, es decir, en el arte del video-tape, justificado por su correlación histórica con los medios audio-

visuales, el cine y la fotografía. Están, eso sí, casi todos los que en estas aventuras son. Hasta el punto de que quienes habíamos visto la última y controvertida Bienal de Venecia creíamos recordar ambientes, videos, etcétera, vistos allí o al menos desarrollados de manera semejante en esta exposición.

Destaca, entre otras cosas por su magnitud, una magnífica escultura de Richard Serra que se erguía sobre la plaza de Federico II, frente al museo Federiciano, en el que se expone lo más sustancioso de la muestra, al lado de un aparato con el que Walter de María se propone horadar la tierra durante los tres meses de duración de la Documenta. Y sobre todo, un fascinante artefacto que ya ha sido adquirido por el Gobierno de los Estados Unidos, construido por el Instituto Tecnológico de Massachusetts, de extraña sugestividad debida a la combinación de sus dimensiones y elementos — agua, cristales, tubos de neón y otros gases, pantallas de televisión y orificios que soplan vapor — se superpone a la de su finalidad, la de crear mediante la incidencia de un rayo laser sobre el vapor, algo como un arco iris. Su destino final serán los jardines de la Casa Blanca. En el palacio de la Orengerie de Kassel, a escasas decenas de metros del museo Federiciano, una exposición de dibujos, entre los que no faltaban los de varios españoles — de Picasso y Miró, al joven Zhus —. Y sobre la espesa hierba de la magnífica e inmensa explanada que se abre al palacio, intervenciones espaciales y cosas tales como una barquita de Oldenburg, construida según los cánones de la papiroflexia, pero en inusuales proporciones.

La impresión, sin embargo, no deja de ser decepcionante. Como lo fuera la de la Bienal de Venecia, pese a la cobertura ideológica y social con la que se presentó el verano pasado. Algo no funciona en el arte contemporáneo o en esta clase de exhibiciones. En esta ocasión todo parecía indicar a primera vista que los males radicaban en la irrupción de los intereses de las galerías en la Documenta. Ello es verdad; pero a mi modo de ver, la causa es más profunda. La Documenta, como sus exposiciones hermanas, se erige sobre un concepto de dudosa vigencia, el de vanguardia, sin duda traspasado al arte tiempo ha, desde los horizontes de la lucha política. Se coincide en señalar que desde mayo del 68 este tipo de exposiciones no van bien, y es verdad. No se acierta, sin embargo, a dar razón de tales fracasos. ¿No será que en mayo del 68 fue destruido el concepto de vanguardia del proletariado, sobre el que desde hacía mucho tiempo se edificaba la estrategia consciente de la lucha de clases y, por extensión, el de vanguardia artística?

Sea como fuere, estas impresiones habrán de ser motivo para posteriores reflexiones al hilo de la ampliación de la crónica de la Documenta-6. Me emplazo a los próximos números de este suplemento.



① Wolf Vostell. Composición que servía de reclamo para su ambiente «fluxus» acerca de la civilización contemporánea.

② Antonio Saura.

③ Proyecto para el video del catalán Antoni Muntadas. El motivo central, los últimos diez minutos de las televisiones de Washington, Alemania Occidental y la U. R. S. S., todos ellos de un asombroso parecido.

④ Hans Rucker-Co. Gigantesca construcción que ocupaba el espacio de transición entre dos lugares de la Documenta. La escultura se hace arquitectura al definir un espacio abierto.

⑤ Richard Serra.

SANTOS AMESTOY  
(Enviado especial)



⑥ Hans Peter Reuter. Magnífica obra en la que se combinaba la construcción de un ambiente con las investigaciones opticalistas. A un espacio curvo-prismático totalmente alicatado en azul. El fondo es un desarrollo plano del mismo espacio.

⑦ Stephen Antonakos. Esta especie de «ele» luminosa puntúa el lateral izquierdo del Museo Federiciano, sede principal de la Documenta.

⑧ Konrad Belder Scäuffeln, de la sección dedicada a la «meta-morfosis de los libros», éste, cargado de connotaciones simbólicas.



Por Dámaso SANTOS

## Narrativa: García Pavón, Carlos Rojas y José Luis Acquaroni

UNA lista considerable, por fin, en la narrativa española que compromete este cuaderno seguramente para todo el verano. Tres libros, de momento: «Los nacionales», de Francisco García Pavón (Destino), «Memorias inéditas de José Antonio Primo de Rivera», de Carlos Rojas (Premio Planeta-Ateneo de Sevilla), y «Copa de sombra», de José Luis Acquaroni, en la colección Grandes Narradores, que dirige, en Cupsa, Antonio Prieto.

### García Pavón

Los nacionales», de García Pavón, parece obligado complemento de la serie constituida con «Los liberales», «Cuentos republicanos» y, si se quiere, su muy cercano libro de memorias «Ya no es ayer». Es la incidencia de lo histórico que le faltaba ejemplarizar al autor en la mina de sus recuerdos tomellosino-madrileños en la última fase de reconstrucción todavía poética que es la del paso de la escolaridad segunda a la universitaria. Aún creo que todavía puede sacarle provecho a esta veta, llegando incluso a la milicia de donde le nació, si mal no recuerdo, la novela «Cerca de Oviedo». Lo demás que García Pavón ha querido contarnos de este ir y venir de Madrid a la ciudad manchega de sus raíces, o bien se ha diluido en la fantasía novelesca policial de sus «Plinius» o resuelto en artículos de crítica y anécdota costumbrista, «Los nacionales» como su propio título indica, es el anecdotario humanísimo, con perfiles trágicos y perfiles cómicos, que motiva la implantación del régimen político de los vencedores al final de la guerra y consecuencias siguientes en el entorno del narrador, que ha contemplado y vivido la realidad política desde una situación familiar de pequeña burguesía industrial, dentro de una ideología liberal y de alegría republicana, sobre la que los acontecimientos no han sido sañudamente perturbadores en ninguna de las situaciones. Ello ha permitido al autor en todas las series de relatos mantener una visión humana e individualizada de los hechos, que no excluye, sin embargo, el ramalazo del horror, del miedo y la sorpresa del más vario cariz emocional; a menudo, de entonar, a través de pormenores al paso, una sutil elegía por todo lo que los acontecimientos destruyeron en el cuadro de lo vivido y lo soñado en el mentado humanismo liberal.

No trae en este libro García Pavón ninguna novedad, sino una muestra más, quizá cada día más depurada y eficaz, de su arte en el que el desarrollo de la anécdota, la captación de la circunstancia, la vivencia testimonial del narrador y su lenguaje, manifiestan la originalidad de un todo narrativo que tiene palpaciones cálidas del tiempo que nos concierne, con sabores y regustos de claridad. Le dan ganas a uno de pedirle a García Pavón que cambie por la investigación en otros ámbitos y temas el rumbo de su narrativa; pero al mismo tiempo —entendiendo que el venero tiene que agotarse para no dar en la repetición— nos apena pensar en despedirnos de esa ciudadanía tomellosina que se nos ha hecho familiar y de esa filosofía forjada en ella por el humor, el lirismo y el buen sentido del entrañado castellanismo —sólo comparable hoy al terracampino de Miguel Delibes— del autor.

103

### Los nacionales

LOS NACIONALES



### Carlos Rojas

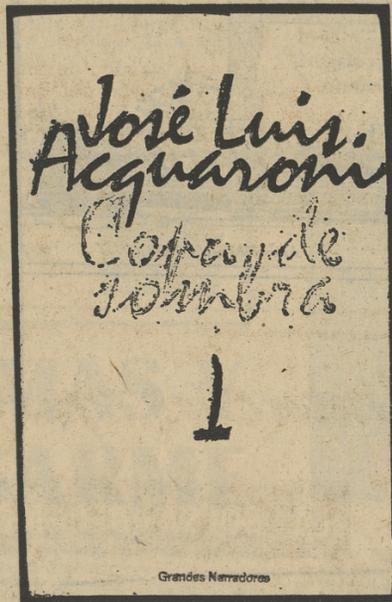
La ambiciosa voluntad de integrar la historia minuciosamente contada de lo que ha significado para el mundo de nuestros días la implantación del comunismo soviético con la ideación de lo que en el interior de los grandes líderes contrapuestos, Stalin y Trotski, tuvo que representar en el poder absoluto y en la oposición más obstinada, la contemplación del hombre, de los millones de hombres implicados en la lucha, ha desbordado todas las posibilidades de una buena construcción novelística en esta última obra de Carlos Rojas, «Memorias inéditas de José Antonio Primo de Rivera». Este desbordamiento empieza ya por anegar todas las posibilidades, que hubiéramos aceptado de buena gana, centradas en la ucrónica protagonizante del personaje elegido como narrador: un José Antonio Primo de Rivera suplantado en el fusilamiento de Alicante y trasladado a Moscú por capricho del zar soviético para tenerle de periódico confidente en la seguridad de su inexistencia, su anulación histórica. Aunque fue corta la vida de José Antonio, muy breve su actuación política, había en ellas, en su talante humano y en un buen análisis de sus escritos —incluso estilísticamente importantes, como señala Gil de Biedma, en la alta prosa de los años treinta— unas líneas de proyección que Carlos Rojas no ha explotado ni apuntado apenas. El personaje, pues, se nos convierte en otra cosa. Sin casi relación en estas memorias con el problema de España, aunque el autor nos le dé por enterado, e incluso lector de Cela y de Umbral, su papel se va a limitar al de amanuense. En él vuelca Rojas todo lo que ha leído y discurrido sobre Stalin y sobre Trotski. Le hace contradecir el primero en el Kremlin o en una dacha de las afueras de Moscú y residir después en Méjico, donde escribe cercano a nuestros días las memorias, partiendo de las confidencias de deudos y amigos del desterrado y asesinado bolchevique. Si en los encuentros con el primero hay grandeza en algunos momentos y, por supuesto, coloquios de una altura impresionante, en lo segundo no falta la vivacidad, el rasgo caracterizador y la emoción, como, por ejemplo, en el encuentro con el pintor, Diego Rivera, enfermo, que le habla de Trotski y de sí mismo.

Mas no bastan ciertas reiteraciones ni los repetidos tránsitos de tiempo y de lugar, ni aun siquiera el excelente andante narrativo con que Rojas sabe representar o imaginar unos hechos, para conseguir el todo novelístico, la poderosa estructura narrativa que cabría esperar. Ya he dicho que el personaje narrador queda evaporado como tal personalidad. Nos olvidamos en seguida que se trata de él. Y la imagen de las dos grandes figuras contrapuestas no sobrepasa, pese a los buenos trazos de pormenor, la que de ambos nos hemos hecho a través de sus biógrafos más conocidos, la difusión de sus escritos y los juicios de las grandes personalidades que los han tratado. Es innegable que el esfuerzo del novelista para el acarreo y confrontación de datos ha sido ingente. Pero ello no se convierte siempre en sustancia novelística. Es riguroso ensayo histórico y político perdido sin alcanzar el fondo existencial. Su «auto de fe» fue un gran intento de pura hazaña novelística, en el que la imaginación y la exploración formal lingüística constituyeron una aventura importante en nuestra narrativa de aquel momento. Su «Azaña», con haber sido tan discutido el uso superabundante de los propios textos literarios del protagonista histórico, constituyó un gran acierto de representación. Con la pura imaginación y nuevamente —aunque el libro no haya tenido el éxito merecido— su «Mein Führer» coronó valientemente la propuesta de evidenciar la esencia del dictador en la derrota del tiempo y del cambio histórico. Pero aquí, ni la imaginación y el docu-

mento, ni la profundización filosófica logran la cabal persuasión novelística. No quiero decir que el fracaso global descredite al autor. El empeño y las energías desplegadas obtienen un producto que está muy por encima de muchas de las novelas más exitosas que hemos leído últimamente.

### José Luis Acquaroni

NO ha sido José Luis Acquaroni un escritor muy prodigado. Por los últimos años cuarenta y primeros cincuenta irrumpe en el cuento, junto a los poetas del grupo gaditano «Platero», que no ha dejado de cultivar, dando muestras de esta dedicación en algunos libros y algunos premios. En 1967, también un premio subraya una novela suya, «El turbión». Su prosa barroca, poética, exquisitamente trabajada, adquiere en esta novela el tono realista para testimoniar el drama, seguramente presenciado, de una revolución en el continente americano. También un premio, el gaditano José María Pemán, desencama el silencio del público autor. Una novela de plena madurez, cuyo título, «Copa de sombra», está tomado de un verso de Antonio Machado: «Con la copa de sombra bien colmada». Antonio Prieto no ha vacilado en elegirla para su colección selecta de Grandes Narradores, y Juan Roj Carballo la prologa, impresionado, escalofriado por este relato de factura monológica, en el que el protagonista, Abel Adón, se dispone a morir, premonido por lo que cree una fatalidad familiar en el mismo lugar en que, en su adolescencia de comitente con los vencedores de la guerra, quedó marcado por la muerte —una pudo evitar él— de los ejecutados en aquel lugar en los primeros meses de la contienda, y que el autor toma de una lista, rigurosamente histórica, de un libro de memorias, «Cien capítulos de retaguardia», de Eduardo Domínguez Lobato. (Libro que yo tuve, manuscrito, en las manos para el certamen del premio Larra, de Gregorio del Toro, sobre memorias de la guerra civil, y que no he podido olvidar.) Muertos por quienes «no se rezó ni un padrenuestro de dientes afuera, pese a tanta aseveración histórica y tan reiterada confesión de catolicismo». La vida del protagonista ha sido una obsesión, un constante beber el veneno amargo de esa sombría copa, de esa interioridad requemada por la mala conciencia del hecho colectivo, y algunos casos en gestión bien individualizada, de aquel exterminio.



Toda la novela es el proceso de fundir con la propia vecindad de la muerte, tras una vida sin demasiado sentido, todas aquellas muertes, aquellos errores, aquellos episodios, en el mismo lugar de los sucesos y en el mismo lugar de las raíces familiares, los lazos con sus propios muertos del protagonista, los primeros recuerdos de su vida consciente. No hay otra escenificación de recuerdos y de encuentros que la producida en el interior del personaje, y que el autor realiza en el lenguaje revelador de esa interioridad, de esa reviviscencia visceral y trance autodestructor. Señala muy bien en el prólogo Roj Carballo, analizando la gran penetración de lo poético en lo psicológico del libro, su relación lingüística con el proceder narrativo de Joyce y su encuadramiento en las teorías sociales de Luckas y Goldmann, donde el héroe degradado actúa en una sociedad degradada y representa, en forma privilegiada de voz cantante, la transposición sobre el plano literario de una sociedad individualista. Efectivamente, el unamuniano, el fanático, valdeslealiano Abel representa a esa sociedad, vive su degradación épica, y ella le acompaña hasta el último instante del proceso oscuramente liberador, íntimamente suicida e incluso macabro, en su descenso voluntario a las capas más hondas de la interior infernación del

recuerdo y el convencimiento de su final. La sola liberación del héroe puede estar, para el lector, en la salida que le demos hacia una identificación de esta última fase de su conducta con los héroes mitológicos de la lucha humana contra la fatalidad. En definitiva, en su validez poética, en la consistencia literaria que se nos impone como obra conseguida. He aquí, lector, todo un hallazgo en este momento de nuestra narrativa.

## Celaya, en "Peña Labra"

RECIBO siempre con alegría cada número de «Peña Labra», la revista poética del Instituto de Estudios Montañeses, que cuida como a las niñas de sus ojos Aurelio García Cantalapiedra. Entre sus secciones habituales de este número 23, páginas dedicadas a Gabriel Celaya con un poema manuscrito suyo titulado «Multiple oficio», y que subtítulo «Variaciones sobre un tema», donde el gran poeta que pensó la poesía como un instrumento para transformar el mundo, y al que se llamó —el discutí y corroboró la cosa— iniciador de la «poesía social», adquiere un a la vez esperanzado y desdenoso aire baudelairiano: «Estás siempre existiendo, poesía / Pues ni iba ni venía el temblor quieto / La negación anuncia que se acerca algo nuevo / ¡Oh!, el si sin consecuencias ni premisas. / La locura disipa cualquier duda / Maldecid al poeta, muchedumbres oscuras» Después hay dos estudios muy interesantes sobre la obra del poeta, que firman Miguel Ángel Gómez Segade y Angel Mier Pérez, con una selección de textos celayanos en prosa, bajo el epígrafe de «Poesía y verdad», el último de los cuales dice así: «Comprendí de pronto que no bastaba condenar el formalismo pseudo-clásico de los garcilasistas, sino toda especie de «formalismos». Había que revalorizar el contenido del poema «el mensajero», como se decía y se dice, y había que ser realista. Era necesario defender contra «poetas-poetisimos» que en el poema debe de haber calor animal y debe haber retórica, descripciones, argumentos y hasta política. Porque un poema es una integración y no es un residuo que queda cuando en nombre de «lo puro», «lo eterno», «lo bello» se practica un sistema de exclusiones.»

## Mi Feria del Libro en Segovia

CUBRO una fecha de la semana con la II Feria del Libro de Segovia. Me han llamado para intervenir. Quiere la costumbre que a esto se le llame «pregón». ¿Qué voy a preguntar? Puedo, en efecto, con el catálogo en mano anunciar lo más saliente de la mercancía, según mi leal saber y entender. No es esto, estoy seguro, lo que se me pide, sino, pienso, que caracterice, ensalce el acontecimiento en toda su dimensión cultural. Entonces, no puedo por menos de recurrir a lo subjetivo y relacionado con la ciudad: evocación de aquel maestro mío en Madrid y de tantas promociones escolares segovianas, Angel Revilla Marcos, y de quien aprendí a unir la devoción y «elan» literario vocacionales con el análisis y el comentario de textos. Ya no podía ver a don Angel como lo hizo en mi última conferencia allí, en la Caja de Ahorros, y el momento tuvo para mí, si entonces abrumada, ahora una dolorosa emotividad. Y después busqué el patrocinio, mi voviva rememoración literaria para aquella feria segoviana: cuatro escritores de la mayor significación, el Antonio Machado permanentemente, el Azorín de «Doña Inés» y tantas páginas de castellanía, el Ramón Gómez de la Serna que arracimó el acueducto de greguerías y este Dionisio Ridruejo de tanta insistencia segoviana que nos tiene ahora a todos con el sobrecogimiento de una desaparición que no quiere consumarse. Después, el homenaje al grupo poético del 27. Y por fin, algunas líneas del panorama: la superabundancia, plenamente justificada, del libro político, desde el panfleto hasta el gravemente doctrinal; desde el documental oportunista hasta el profunda reveladoramente testimonial. Y los libros de siempre. Y ese otro «demás» que tímidamente podemos llamar literatura de creación para quien la quiera: novela, poesía, ensayo literario. En el altísimo alto donde la feria se ha instalado, la inauguración oficial que hacía el joven gobernador Gómez-Arjona —viejo amigo de las letras— estuvo bañada de un último sol doradamente espectacular y un olor de muchedumbre como en romería.